LAS PEQUEÑAS NACIONALIDADES DE MEXICO

NUESTRO DEBER FRENTE A ELLAS

No podríamos dejar pasar este número de COMBATE sin tratar un problema fundamental del país, que a pesar de todo lo que se ha discutido y escrito sobre él, del empeño que se dice haber puesto en resolverlo, continúa siendo una de las cuestiones que más pesan, urgiendo una solución inmediata y continuada, por el enorme grado de justicia que encierra. No pretendemos nosotros dar, en este breve artículo, un camino nuevo para resolver el problema de los grupos aborígenes de México; muchos otros han señalado la ruta que debe seguirse; ellos han tenido una mayor experiencia y un mayor conocimiento de las cuestiones relacionadas con el problema indígena. Creemos sinceramente que los procedimientos ya señalados por ciertos especialistas son los correctos, y que lo único que hace falta es llevarlos a la práctica, continuar la obra que en muchos lugares se había iniciado, limpiarla de burocracia y de ineptos para que, en plena realización, pueda producir los frutos que es posible y absolutamente seguro esperar de ella.

Vamos a referirnos a los grupos indígenas que no han perdido todavía la unidad de raza, gobierno, costumbres, etc., y que en cierta forma todavía guardan también, alguna unidad económica; es decir, serán objeto de nuestro artículo, los núcleos que pueden ser considerados como pequeñas nacionalidades aborígenes. Es claro que los otros indígenas, que han perdido esa unidad, no pueden ser tratados en la forma que aquí proponemos, por encontrarse dispersos, sumados ya a la masa de la población mexicana y ser difícil su misma identificación étnica.

INDIOS, OBJETO DE EXPLOTACION

El problema indígena de México tiene mil aspectos que han sido examinados y a nosotros sólo nos interesa, por ahora, insistir en uno de ellos, que es el más importante: nos referimos al aspecto económico. Los grupos indígenas son desde luego los más miserables de todo el país; los que han constituído, por siglos, los núcleos más explotados; son los desposeídos; los que lentamente, pero con ritmo persistente, han caído en la peor condición económica, de salubridad, de educación, etc., etc. Frente a ellos, las mayorías mestizas y criollas han guardado una actitud de incomprensión en el mejor de los casos, si no es que de plano sólo les interesa agravar, para obtener mayor ventaja personal, la situación de inferioridad económica y de ignorancia, en que viven los indios.

Toda una enorme corriente de opinión, sostenida inclusive por gentes muy caracterizadas dentro de los medios intelectuales de México, guarda frente a los indios el desprecio más absoluto; no pueden pasar de declarar que se trata de seres degenerados, infestados de las peores enfermedades, semisalvajes, miserables, que en ningún caso responderán a la obra de regeneración que el Estado pueda emprender. Para estos "intelectuales" mexicanos, la suerte del indio no tiene solución; no se debe—porque no puede hacerse nada—emprender ninguna acción pública; sin llegar muchos de ellos a pugnar porque se destruya al indio, opinan que debe dejérsele a que se vaya consumiendo en su miseria e ignorancia; los gérmenes de destrucción y aniquilamiento están dentro de ellos mismos; será cuestión de tiempo, aseguran, y el indio desaparecerá.

LA INCORPORACION DEL INDIO

No podemos estar de acuerdo con ciertos apóstoles del movimiento indigenista, que tienen el propósito de lograr la incorporación del indio a la civilización, en la medida en que esta idea significa destruir las pequeñas nacionalidades indígenas, arrasar sus organizaciones, su cultura y sus anhelos vitales; para estos "incorporadores" a la civilización, el camino consiste en imponer las formas de la cultura occidental a los núcleos de indios puros de México, suprimiendo los elementos primitivos de vida social de las tribus y los pueblos. Es natural que los indios se hayan opuesto siempre a semejante tratamiento; no pueden, ni quieren, prescindir de los elementos tradicionales de su cultura, de su raza, de sus formas de organización social y sus costumbres. El fracaso de estos apóstoles, radica precisamente en haber querido suprimir las formas de organización de las tribus; haber querido imponer formas nuevas de gobierno, que los indios no quieren ni pueden admitir. Ellos ven, con justa razón, en los procedimientos de los blancos, el camino para aumentar la explotación que están ya sufriendo; no pueden desconocer, por otra parte, que la "civilización" sólo ha representado para ellos el instrumento de dominación, que los ha sumido en la miseria. Es lógico, pues, que rechacen someterse; su rebeldía los pone fuera de la ley de los blancos; éstos, entonces, los combaten y persiguen tras de hacer lo que en el fondo se buscaba: despojarlos de sus tierras.

EL CAMINO CORRECTO

Mientras el movimiento indigenista aliente esos propósitos no será posible resolver, ni siquiera parcialmente, el más justo y urgente de los problemas sociales de México.

El camino está, desde luego, en no tratar de imponer a los indios las formas de organización de los blancos, en respetar su autonomía y sus pequeñas nacionalidades, haciendo, al mismo tiempo, todos los esfuerzos para desarrollar su cultura y mejorar su economía. Antes que otra cosa, el indio debe tener qué comer, tierras y ganados qué cultivar y pastorear; fácilmente aprenderá después las nuevas formas de trabajo de la tierra, el uso de arados mecánicos, tractores y combinadas. Necesita obras hidráulicas para regar sus labores y técnicos que lo enseñen a seleccionar sus semillas y fumigarlas; requiere también crédito, como todos los campesinos del país, para habilitar sus trabajos y refaccionar sus cultivos. Si paralelamente se establecen en todos los núcleos indígenas, dispensarios y maternidades para ayudar a mejorar sus condiciones de salubridad, pronto—antes de que las escuelas que han de establecerse, rindan sus frutos—será posible transformar de una manera radical las condiciones de vida de los pueblos aborígenes.

Pero esto requiere una condición fundamental, que no se trate de suplantar sus formas de organización y de gobierno; que no se intente destruir la autoridad de sus gobernadores o caciques; que se respeten sus formas de producción comunal, sus costumbres familiares, su justicia primitiva, en fin, que no se intente hacer una incorporación que destruya las bases de su régimen social.

EL EJEMPLO DE LOS YAQUIS

Durante el régimen cardenista se hicieron experiencias muy valiosas en ese sentido; la principal de ellas fué la de las tribus yaquis de Sonora. Todos nuestros lectores saben, en términos generales, la actitud que los indios yaquis han mantenido a consecuencia de los continuos ataques y persecusiones que sufrieron de los "yoris" (blancos). Estos los despojaron de sus tierras más valiosas, a la margen izquierda del río, para entregarlas en concesión a fraccionadores extranjeros; les arrebataron los más importantes de sus ocho pueblos: Cócorí y Bacum y durante años, estuvieron perseguidos por las fuerzas federales en la sierra del Bacatete.

Se han reconocido ya los derechos de los pueblos yaquis a determinadas extensiones de tierra, localizadas a la margen derecha del río y también el derecho tradicional de las tribus de autogobernarse, afirmando así la autoridad de los gobernadores de los pueblos. Esto, que fué desde luego muy importante, quedó complementado con el servicio social y agrícola que el Gobierno Federal se obligó a prestar en las colonias: completar las obras de irrigación y reglamentar el uso de las aguas; proporcionar maquinaria agrícola y crédito bastante para los cultivos; mantener permanentemente técnicos capaces, identificados con los indios, para que les enseñaran la manera de trabajar, con éxito, la tierra; mantener escuelas y dispensarios que trataran paternalmente a los individuos de las tribus.

RIESGO DE UN FRACASO

La obra emprendida en el Yaqui puede fracasar a pesar de haberse conseguido ya ventajas enormes—los indios aprendieron a sembrar trigo y a segarlo y trillarlo con las máquinas más modernas, a plantar frutales y hortalizas, a construir y a limpiar canales, a operar bombas y tractores—puede facasar, porque se empieza a hostilizar a los indios, a dar a extraños permisos ilegales para que los "yoris" hagan durmiente y leña en sus bosques y destruyan sus mezquites; puede fracasar porque las nuevas autoridades militares de las colonias consideran que tienen sobre los indios poder de mando que ejercitan constantemente para herirlos en lo que tienen de más sensible: sus autoridades y sus tierras; puede fracasar, también, porque el gobierno federal haciéndose eco de las sucias maniobras de los "yoris", ha retirado a los técnicos que habiendo vivido con los indios muchos años, aprendieron a conocerlos, hablaban ya en su propio idioma y habían logrado apartar la desconfianza natural que el indio siente por el blanco.

El gobierno debe, en nuestro concepto, revisar los procedimientos que hasta ahora y después del primero de diciembre del año pasado, han puesto en práctica sus funcionarios y agentes para tratar a los pueblos de indios. El gobierno debe, desde luego, hacer un programa de trabajo que vaya seriamente dirigido a mejorar las condiciones económicas y de salubridad de los individuos de las tribus, aplicando los fondos de su presupuesto general de irrigación, salubridad y educación, a construir y manejar en los territorios habitados por los indios, obras de riego, de bombeo, agencias sanitarias y escuelas. La Secretaría de la Economía Nacional podría fácilmente poner en operación, sin necesidad de recursos extraordinarios, tiendas cooperativas de consumo para que los blancos comerciantes, intermediarios y acaparadores, no exploten más tiempo a los pueblos. Los bancos agrícolas están en la obligación de extender sus servicios de crédito, de preferencia a las zonas habitadas por los indígenas, proporcionándoles las sumas de dinero necesarias para que trabajen sus tierras.

NO MAS APOSTOLES

El problema indígena de México no es un problema de apostolado, que algunos buenos señores estén dispuestos a realizar; es un problema que sólo ha de resolverse con la eficaz intervención de las autoridades y la activa gestión de los funcionarios del Estado; ha pasado de ser una cuestión controvertida y de ribetes teóricos, para convertirse en un asunto al cual hace falta la acción inmediata, sincera y continuada de los funcionarios. Muy lejos está el problema indígena del país de resolverse, como se intentó durante la Colonia: misiones dispersas y apostólicas de evangelizadores; ésta es una visión romántica que debe apartarse de plano; es una solución que sólo conduce a acentuar los medios de explotación que el blanco mantiene sobre el indio, porque tiene más de contemplativa y cristiana, que de clara acción política. Los indios no piden caridad; tienen derecho a exigir como hombres y ciudadanos de nuestro país un tratamiento, semejante por lo menos, al que reciben los demás, esto es, el respeto a sus derechos, a sus tierras y a sus bosques; a ser tratados como seres humanos por un gobierno que se dice democrático y representativo del pueblo; tienen, pues, derecho a recibir crédito como los ejidatarios, agua como los nuevos colonos de los distritos de riego; educación, como los hijos de todos los mexicanos y servicios médicos y sanitarios como cualquier habitante de las grandes ciudades.

Pendiente está, sin resolverse, este primer postulado de la Revolución Mexicana. Es sin duda, en el que menos se ha hecho hasta ahora y fueron ellos, los indios yaquis, mixtecos, juchitecos, los que mayores contingentes de sangre aportaron para realizar un ideal, que es todavía promesa sin cumplir respecto a ellos.

POR LA U. R. S. S.
y Contra HITLER!

Nadie discute ya que el 22 de junio, los destinos de la humanidad tomaron un nuevo rumbo. Ese sombrío amanecer que la pandilla de bandoleros que gobierna Alemania eligió para desencadenar la más injusta de las agresiones, marca un instante decisivo. Del resultado de la contienda que se está librando en la dilatada llanura soviética, depende no sólo el porvenir inmediato, sino también el futuro remoto de esta generación y quizá el de la próxima. En ella se están decidiendo no sólo la suerte de los pueblos de la Unión Soviética sino la suerte de todos los pueblos del mundo entero, pues la contienda, aparentemente localizada, por ahora, entre el Báltico y el Mar Negro, tiene alcances universales. La lucha hará sentir sus efectos—los está haciendo sentir ya—en el campo, en la aldea más remota, en la urbe más populosa, en el taller y en la fábrica, en la escuela y en el gabinete de estudio, en el desierto, en la más extraviada de las islas, en el más sólido de los continentes, en todos los climas y en todas las latitudes.

Por la repercusión mundial de esta contienda, por sus consecuencias inmediatas y lejanas, todo hombre y toda mujer consciente están obligados a tomar camino. Por el progreso o por la barbarie. No hay otra alternativa. Por la democracia o por el fascismo. No hay escape posible. Nadie, ni jóvenes, ni adultos, ni ancianos, pueden eludir ese deber sin exponerse a sufrir las consecuencias. Todos los hombres de buena fe deben detenerse un instante a meditar cuáles son las perspectivas que la guerra actual ofrece a cada uno de nosotros. Y en seguida deben disponerse a elegir su camino, porque en esta contienda, a riesgo de morir aplastados, no puede haber espectadores, sino participantes activos. En esta guerra no podemos quedar al margen, como quedamos en una riña callejera. Tampoco puede vérsela como una guerra ordinaria, es decir, como una simple guerra de pillaje y de bandolerismo internacional.

Después de 1914, la ley del mundo capitalista siguió siendo la misma. El mundo seguía dividido, por una parte, en Estados imperialistas y colonias y la sociedad, por otra, seguía dividida en dos clases. Una opulenta y ociosa, otra pobre y trabajadora.

Pero el capitalismo hubo de padecer, años más tarde, la crisis de 1921, y sobre todo la de 1929, que tuvo—si descontamos a la Unión Soviética—alcances mundiales. El funcionamiento del sistema se hacía cada vez más difícil y llegó a tal grado de descomposición, particularmente en Alemania, que la clase dominante se vió precisada a adoptar medidas más drásticas de explotación y de dominio. El capitalismo no podía funcionar allí normalmente, porque en primer término le faltaban colonias que explotar y, en segundo, las posibilidades del desarrollo capitalista estaban agotadas en el interior. Había, pues, que ir a buscarlas más allá de las fronteras. Pero antes que todo había que acabar con las pequeñas libertades que otorgaba el sistema y que comenzaban a impedir su funcionamiento en Alemania. Para eso el anciano mariscal Hindemburg entregó el poder a Hitler en 1933. El incendio del Reichstag, en febrero de ese mismo año, señala la iniciación de la época del terror. Todos los partidos revolucionarios fueron disueltos y los inconformes fueron expatriados o asesinados. Las cárceles comenzaron a ser insuficientes y tuvo que recurrirse a los campos de concentración. Establecido el "nuevo orden" dentro de Alemania, Hitler pudo ya dedicarse a la "diplomacia". Primero hizo caer a Austria y después a Checoeslovaquia, con la complicidad de la política apaciguadora de Chamberlain y Daladier. Pero el botín era demasiado raquítico para dejar satisfecho al monstruo. Cayeron en seguida Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia y los cinco países balcánicos. Ahora que ha subyugado a todos esos países, inclusive a Italia, debe ser bastante difícil para Hitler seguir diciendo que Alemania todavía no cuenta con el espacio vital necesario para su desarrollo. Pero por difícil que parezca, lo dice. Por ello se ha lanzado ahora contra la Unión Soviética.

Acumular victoria tras victoria, esclavizar pueblo tras pueblo, asesinar a los que no piensan conforme al código hitleriano y exterminar a las razas "inferiores"; he aquí lo que es el fascismo. He ahí los verdaderos propósitos de Hitler. Y quien espere que Hitler quede satisfecho después de subyugar a la Unión Soviética, se equivoca. Tras de subyugarla—si lo consiguiera—volvería sus ojos hacia occidente e intentaría aniquilar a Inglaterra para lanzar después sus hordas hacia este continente.

Tan sombrío panorama no es una fantasía de la imaginación. Si no adoptamos una actitud resuelta desde luego, después no tendremos tiempo sino de lamentarnos.

No se trata naturalmente de empuñar las armas y de ir a combatir a Hitler. No. La tarea por realizar está precisamente en el lugar en que cada uno de nosotros se encuentra: en México, en la Tierra del Fuego, en Centroamérica. Junto a nosotros se desenvuelve un movimiento oculto, visible a veces, que prepara el camino de Hitler. Es la quinta columna. Trabaja subterránea o abiertamente. A veces se pone un disfraz y a veces se quita la máscara. A menudo aparenta un rabioso patriotismo. En México sus representantes, su avanzada, son los sinarquistas, los dorados, los miembros de Acción Nacional. Tras de ellos se mueve un numeroso ejército: los enemigos del reparto agrario, el patrón o el liderzuelo que sabotea una huelga, los Veteranos de la Revolución, etc., etc. Contra todos esos se puede y debe luchar, y urge hacerlo. De ese modo se aniquila un peligro y se ayuda a la Unión Soviética en su lucha contra la agresión imperialista. Todos los pueblos amantes de la libertad se aprestan ya a librar esa lucha. El pueblo inglés ha ofrecido una alianza a la Unión Soviética. Y lo mismo han hecho el pueblo polaco y el checoeslovaco.

El Instituto Norteamericano de la Opinión Pública ha realizado recientemente una investigación tratando de descubrir cual es la opinión de los ciudadanos norteamericanos respecto a la contienda germano-soviética. De acuerdo con un artículo publicado recientemente en el "New York Times" por el director de aquel Instituto, George Gallup, "la aplastante mayoría de los votantes norteamericanos están por el triunfo de Rusia sobre Alemania... Ordinariamente se supone que uno de los motivos que tuvo Hitler para atacar a Rusia fué su creencia de poder dividir y confundir el sentimiento público de las democracias, debilitando su oposición a Alemania, haciéndose aparecer como el conductor de una cruzada en contra del bolchevismo. Si tales fueron realmente sus propósitos, en la actualidad puede decirse que según todos los indicios, han fracasado por completo en los Estados Unidos".

Las respuestas que se obtuvieron en la investigación fueron las siguientes:

Por Alemania, 4%
Por la Unión Soviética, 72%
Indiferentes, 17%
Sin opinión, 7%.

La razón—agrega Gallup—de por qué el pueblo norteamericano desea la victoria de Rusia, según él mismo lo expresó en sus comentarios, es esta: "RUSIA NO ES UN PAIS IMPERIALISTA, ALEMANIA LO ES. RUSIA TRIUNFANTE NO INVADIRIA LOS ESTADOS UNIDOS, EN TANTO QUE ALEMANIA PROBABLEMENTE LO INTENTARIA".

El resultado de esa aplastante mayoría a favor de la justa causa que defiende la Unión Soviética es la nota norteamericana que el día 4 de agosto entregó el Subsecretario de Estado Welles al embajador soviético en Washington, Oumansky.

"Tengo la satisfacción de informar a usted—se dice en aquella nota—que el gobierno de los Estados Unidos ha decidido proporcionar TODA LA ASISTENCIA ECONOMICA QUE SEA NECESARIA A LA UNION SOVIETICA CON EL OBJETO DE ACRECENTAR SU PODERIO EN LA LUCHA QUE SOSTIENE EN CONTRA DE LA AGRESION ARMADA... De acuerdo con esa decisión—se agrega más adelante—y siguiendo la política así indicada, el gobierno de los Estados Unidos acogerá con la más AMISTOSA consideración todas las solicitudes de la Unión Soviética en el sentido de obtener de nuestra industria los pedidos de material y toda clase de artículos que requiera la defensa nacional soviética; le promete el más rápido cumplimiento de estos pedidos, así como la entrega de esos artículos, extendiendo a unos y otros los principios de prioridad que se aplican a otros países que también luchan contra la agresión".

La opinión de México ya se ha manifestado también. No sólo con la actitud del gobierno al rechazar la insinuación que recientemente le hizo Von Collemberg, ministro alemán en nuestro país, en relación con la formulación de las listas negras de algunas casas comerciales que eran verdaderos centros de propaganda nazi, sino, además, con los actos públicos realizados hasta ahora en todo el país en conferencias y en mítines, particularmente los realizados en la Arena México los días 9 y 14 del mes pasado. Tanto en el primero, en el que tomó parte nuestro director, como en el segundo en que tomó parte el Presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, licenciado Lombardo Toledano, hablando en representación de la CTM, se puso de manifiesto la opinión unánime de los trabajadores. México está por el triunfo de la causa que defiende la Unión Soviética: la de la democracia y el progreso. El pueblo de México está contra Hitler y todo lo que representa su régimen: el exterminio de las libertades, del progreso y de la cultura.

Porque ya ha manifestado su opinión, el pueblo de México ha pedido al gobierno que se apresure a dar los pasos necesarios para que nuestras relaciones diplomáticas y comerciales queden reanudadas con ese gran país que es la Unión Soviética.

Pero no basta eso. El pueblo de México tras de haber expresado cuál es su posición, debe apresurarse a dar la batalla a todas las fuerzas obscurantistas que en México aspiran a perpetuar un régimen de privilegio. Contra el sinarquismo y contra Acción Nacional. Contra los nazis emboscados, hasta su total exterminio. Sólo después de haber librado esa batalla podrá decirse que hemos ayudado al triunfo—sobre el que ya nadie duda—de la Unión Soviética.